

LIBROS

Moll: Un cronista del siglo veinte

Francesc de Borja Moll acaba de publicar el segundo libro de sus memorias (1). Esta narración de las vivencias del recientemente investido doctor "honoris causa" por la Universidad de Barcelona son especialmente interesantes por cuanto su relato en primera persona va acompañado, en determinados pasajes, del testimonio directo de unos años no siempre fáciles para quienes como el autobiografiado han defendido la balearidad cultural y la catalano-balearidad lingüística de cada una de las cuatro islas principales del archipiélago conquistado por la Corona de Aragón en los siglos XII y XIII.

Moll es un ejemplo del "erudito-hecho a sí mismo"; ha dedicado cincuenta años de su vida a la cultura en forma impresa. Ha simultaneado su trabajo en la imprenta con el resto del proceso impreso: autor, director de colecciones, director de talleres, editor, traductor, librero, etc. O sea, todo. Moll recogió a temprana edad el timón dejado por Mossén Alcober y es el culminador del gigantesco *Diccionari Català-Valencià-Balear*. Es, además, por su "seny", un patriarca: el patriarca de las letras mallorquinas, indiscutido desde decenios, salvo por alguno de sus pocos enemigos personales.

Puede resultar difícil para quienes no han palpado realidades insulares comprender parte de lo expuesto por Moll. Los celos personales, profesionales y de paternalismo-patriarcalidad no siempre son experimentados por quienes viven fuera de un contexto insular, cerrado y en continua tensión. Moll, a lo largo de sus páginas, desvela parte de las intrigas protagonizadas por él mismo y por otros significados personajes de la historia

(1) Moll, F. de B.: *Els altres quaranta anys*. Palma de Mallorca. Ed. Moll, 1975. Este libro complementa al anterior: *Els meus primers trenta anys*. Palma de Mallorca. Ed. Moll, 1971.

cultural mallorquina durante los últimos cuarenta años.

Y dentro de esta línea de desentrañar mediante su testimonio directo la historia cultural de unos pasajes de Moll, son de un extraordinario interés para cuantos quieran conocer los años de la guerra civil; son unas cuarenta páginas. Moll desvela, yo diría, lo indesvelado por escrito hasta ahora. No tengo noticia de que la bibliografía sobre la guerra civil en Mallorca sea demasiado abundante. Para quienes ni siquiera hablamos nacido en aquellas fechas, la investigación histórica era posible mediante testimonios directos que, por no estar impresos, suelen ser recibidos con reservas.



Francesc de Borja Moll.

Las páginas de Moll son, dado su carácter de papel impreso, lo que los historiadores llaman un "documento" que permite justificar con citas referidas una exposición.

Gracias a Moll disponemos del testimonio documental sobre cuanto rodeó la vida del "Comité de Relacions entre Catalunya i Mallorca", constituido en 1933 con motivo del centenario de la Renaixença; las azarosas consecuencias que derivaron del "Missatge als Mallorquins", publicado poco tiempo antes del "Alzamiento"; la iniciativa de la "Associació per la Cultura de Mallorca" de dar respuesta fraternal al "Missatge" catalán, lo que llegó a ser real a través de la "Resposta als catalans" conocida como el "Manifest"; y, especialmente, de cómo fue el enfrentamiento en la base. Moll afirma cosas que contradicen muchas versiones oficiales. Y eso que Moll no se distinguió precisamente por su vinculación a alguno de los grupos en contienda. ■ PABLO MORATA.

El pensamiento biológico de Faustino Cordón

"En el principio es la acción", dijo Goethe. Después viene la palabra. El lenguaje es, pues, la simbolización del acto. El antropólogo alemán Arnold Gehlen, ha demostrado cómo los movimientos senso-motores realizan una comunicación silenciosa con el mundo, que culmina en la palabra.

La última obra de Faustino Cordón, "Pensamiento general y pensamiento científico" (1), define los seres vivos por su capacidad de acción y experiencia. No son objetos pasivos del entorno en que viven, sino que están adaptándose permanentemente "mediante el ejercicio de una acción continua sobre el ámbito". Estos activistas notorios constituyen, a la vez, remansos de la energía de la realidad. Ya Cordón afirmó, en una obra anterior, que todo el Universo está en un continuo proceso coherente, sentando así las premisas de una biología dialéctica.

Como sabemos, Engels fue el primero que intentó imponer a la Naturaleza unas leyes generales de la dialéctica. Deslumbrado por la fluidez del mundo llega a formular la teoría del eterno retorno, "Die Ganze Natur Als ewigen Fluss" (2). La vida real se concibe como un devenir sin fin, convirtiendo la dialéctica en una hipótesis metafísica de la materia viviente. Pero la dialéctica es devenir y ser, contradicción de dinámica y estática en que radica la verdad. Ahora bien, la hipótesis de Engels, aunque verdadera, hay que verficarla en el terreno práctico de la biología. Esta es la extraordinaria labor que ha realizado Faustino Cordón, a través de sus investigaciones biológicas.

Acceptada la tesis del proceso, como ley general de la vida, Cordón sitúa a los seres vivos dentro de esta energía cósmica y dice: "Todo conocimiento se reduce a dar cuenta de los procesos por los seres que los realizan". De acuerdo a esta ley dialéctica, el devenir es la unidad del ser y del movimiento. Por haber llevado la dialéctica a un monismo absoluto, Engels ignoró la libertad constitutiva de los seres vivos. En una dialéctica universalizada, no hay lugar para totali-

(1) Editorial Ayuso. Madrid, 1976.
(2) "La Naturaleza toda como una eterna corriente".

dades parciales. Sin embargo, Cordón descubre momentos de la realidad en que el proceso se detiene, "es la homeostasis, este ente es la culminación de un proceso evolutivo". Los seres vivos aparecen, pues, como la estabilidad provisoria del movimiento incansante de la realidad, son totalidades de una totalización en proceso de construirse.

La actividad de un ser vivo integra los organismos de un nivel inmediato inferior que le constituyen y realiza la coordinación interior de sus actos externos, en una equilibrada correspondencia. "Ambos componentes, externo e interno, se fusionan en un solo estímulo unitario, que constituye el único nexo aferente del organismo con su ámbito". Los seres vivos son así la resolución de una contradicción dialéctica. ¿Qué es la experiencia de un ser vivo, sino la memoria acumulada e inolvidable de sus actos repetidos? Acción y experiencia se complementan, sin identificarse. La concepción biológica de Faustino Cordón es un monismo dualista, conserva siempre la unidad (que él llama coherencia de la realidad), pero establece diferencias y totalidades parciales dentro de la totalidad. En síntesis, el autor afirma el carácter relativo de los organismos vivos y del proceso, ya que si el ser nunca es definitivo porque se hace y deviene, el proceso tampoco es un fluir sin límites, pues se remansa en los seres vivos que son la negación del movimiento absoluto.

Dentro de esta ley de complementariedad de la vida, nos parece interesante subrayar la diferencia y la unidad que establece Cordón entre el organismo y su soma: "Cada organismo está contrapuesto a su soma, como dos miembros de una contradicción dialéctica, pues aunque no puede concebirse el uno sin el otro, son cualitativamente distintos entre sí". El organismo es la individualidad corpórea, lo que le pertenece como propio; el soma es lo que le vincula con el ámbito y con la evolución cósmica. A la vez, como mi cuerpo no es mi carne, surge una nueva oposición que pretenden resolver los fenomenólogos con "el concepto de esquema corporal", un cuerpo incorpóreo que vivimos como síntesis unitaria a través de los procesos motores. A este respecto, Merleau-Ponty intentó en vano demostrarnos, por una conciencia de la corporeidad, la existencia palpable de ese fantasma corporal. Nada más lejos de esta espiritualización en Cordón, para quien el

cuerpo vivo se sostiene en el soma y en los procesos somáticos que le vinculan a la materialidad viviente para realizarse. Por cierto, esta distinción entre organismo y soma que establece el autor, guarda un paralelo con la concepción de García Bacca, nuestro gran filósofo científico.

En las conclusiones finales de esta obra, Faustino Córdón afirma que se percibe una tendencia en todos los organismos vivos de hacer su acción cada vez más eficaz, más densa, para llegar a un perfeccionamiento gradual y progresivo, como si obrasen con arreglo a un fin que no tienen. También propenden a una integración más perfecta, a una asociación más compleja, a constituir unidades más diferenciadas. Ley dialéctica que asciende de lo inferior a lo superior que Engels, ingenua pero genialmente, descubrió como cambio de la cantidad en cualidad y que se manifiesta en el paso de la materia inorgánica a los cuerpos organizados y en la evolución de la vida terrestre que culmina en el hombre.

Otro aspecto importante de este libro, es la crítica a la investigación y a la ciencia de nuestros días. Afirma el autor que la ciencia continúa siendo lo que fue durante el siglo XIX: analítica y descriptiva. No ha llegado todavía a una interpretación teórica de los hechos científicos, originando lo que llama el autor una devoción beata por la ciencia, que cae en la irracionalidad.

¿Cómo salir de esta crisis de la ciencia? El autor propone una nueva organización social que permita al trabajador científico entregarse a la investigación teórica, sin búsqueda de ventajas prácticas ni resultados inmediatos. Esta nueva ciencia, liberada de su alienación industrial, solamente puede surgir de una transformación completa de las estructuras de la sociedad. ■

CARLOS GURMEDEZ.

Lenz, acaso un compañero del 68

Los libros generacionales —de y sobre la generación de una— tienen de bueno y de malo que se leen con pasión. Hacen referencia a momentos, problemas y situaciones que pudieron formar parte de nuestra propia Historia, contrastándola a veces; otras, abriéndose a la identificación; siempre, estableciendo una discusión muy especial. Involu-

crándonos en la narración que no, obligándonos a sacar del cajón los recuerdos y, quizá, desempolvando las ideas, las casillas en que guardábamos, bien etiquetado, aquel trozo de historia. A mí me ha pasado con "Lenz. Un relato", del alemán Peter Schneider (1).

"Lenz" es una particular novela de aprendizaje. Nos cuenta el proceso que se establece, de manera convulsa y problemática, entre las obsesiones individuales y los problemas colectivos, para un muchacho alemán, en el marco de los grupos estudiantiles, en pleno 68.

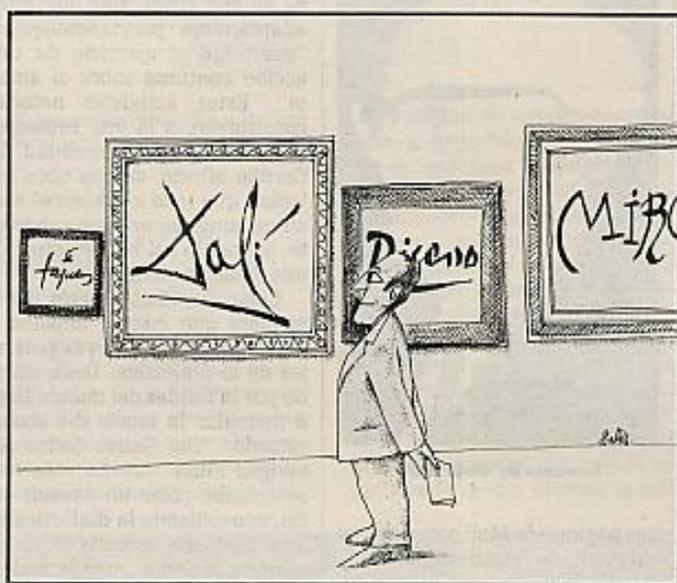
"Lenz" es, además, casi un alegato, finalmente optimista, y casi todo el tiempo confuso, de una crisis y la generación que la sufre. Y es también, y antes que nada, una novela de personaje;

bre que es una máscara entre la serie de iniciales que nombran a la mayor parte, a casi todos los demás personajes que aparecen. Una máscara que individualiza escasamente todo un inconsciente de grupo y de época: el movimiento estudiantil radical y rebelde, y la manera en que hace eclosión precisamente en 1968.

Así pues, todo un cúmulo de problemas sociales, políticos, personales, planteados y resueltos con pasión: el papel de los estudiantes, en el campo social, visto con desilusión, con una mezcla de pesimismo y desprecio. La institución universitaria, en crisis que todavía parece insimilable. Esa necesidad que desde nuestra perspectiva parece romántica, pero que se sentía como absolutamente necesaria y

relato que, de hecho, no nos ofrece verdades, sino problemas.

Entre el optimismo adolescente y el pesimismo romántico, ahogado por esa incomunicación especialmente sentida, Lenz avanza hacia una estabilización personal seguramente abrupta. Un cambio de paisaje y de costumbres, que le lleva al olvido de sus obsesiones puramente individuales. Los problemas personales, dice, se resuelven en una praxis revolucionaria. Cuando deja la caliente Italia, las revueltas estudiantiles están comenzando en Alemania. La huelga general más larga de la Historia pasará poco más tarde en Francia, Méjico, Checoslovaquia y, después, España. Esta sensación de estrenar los problemas y, sobre todo, las soluciones, que no ha vuelto a repetirse, es, antes que nada, lo que le hace un texto nuestro. Lo que nos hace reencontrar al enloquecido y pasional buscador que, quizá, fuéramos a los dieciocho años. ■ ROSA MARIA PEREDA.



contada desde el exterior, en una tercera persona absolutamente presentativa y fría, se trata de la vida y problemas de Lenz, el protagonista. Hay que aclarar: los problemas que su "status", el momento histórico y la ideología propia presentan a Lenz. Y aquí, esto es, en la historia fielmente captada, sólo en un mínimo de datos es donde se establece esa lectura cómplice a que me refería antes. Porque, curiosamente, no hay problema sentido vitalmente y en colectivo por los jóvenes de esa época, que no se plantee Lenz: de hecho, él es un personaje casi típico, y como en el antecedente literario de Buchner, es simplemente el nudo en que se debate la contradicción entre la soledad y el desarriago personal, y la intervención política. De hecho, un nom-

vital, de realizar un "trabajo productivo", y que, exigiendo la relación entre la Universidad y la fábrica de manera más íntima, llevaba a los estudiantes a la proletarianización. El descubrimiento del amor y el sexo, unido a la crisis de la religión y la familia, que planteaba y generalizaba unas relaciones amorosas más libres, pero de ninguna manera desprovistas de problemas. Y en otro orden de cosas, ese cansancio revolucionario, que hace a todos estos movimientos —a ese movimiento contagioso y general— situarse voluntariamente en terrenos extraparlamentarios, fuera de cualquier cauce legal, y al margen de todas las componendas. Lenz, estudiante proletarianizado y rebelde sin causa, capaz de escapar lejos, a otro mundo, vive todo esto en concreto y en angustia. Su infancia, su familia, su soledad y desarraigo van y vienen en un

San Genet

La obra de Genet —prosa, verso y teatro— constituye uno de los más variados muestrarios de transgresiones —de negaciones, nunca— a la moral vigente que se puede encontrar en la literatura contemporánea; muestrario avalado por una práctica personal del mal, que lo coloca a una altura muy superior a la de la obra de los literatos de oficio que han jugado al satanismo. Sus personajes —sombras, traspasos del autor— emplean un sistema de valores que trata de ser el opuesto al que las normas sociales establecen como "bueno".

Sin embargo, Genet no es un rebelde ni un revolucionario, no es un destructor; esta es una de las muchas diferencias que le separan de los "malditos" tradicionales. El marqués de Sade, por ejemplo, utiliza el concepto de perversión para desmontar los mecanismos de una sociedad que considera injusta, actúa como moralista. Genet acepta implícitamente los valores de dicha sociedad, a la que no juzga. Ahora bien, situado desde siempre en el bando de los perdedores —educado en el hospicio, conocedor desde niño de humillaciones, reformatorios y cárceles— trata de situarse en las antípodas de aquellos que le oprimen y de alcanzar una especie de

(1) Peter Schneider: *Lenz. Un relato*. Ed. Anagrama. Barcelona, 1976.